

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

TEMALA, 26 DE FEBRERO DE 2021

IN MEMORIAM
LAWRENCE
FERLINGHETTI



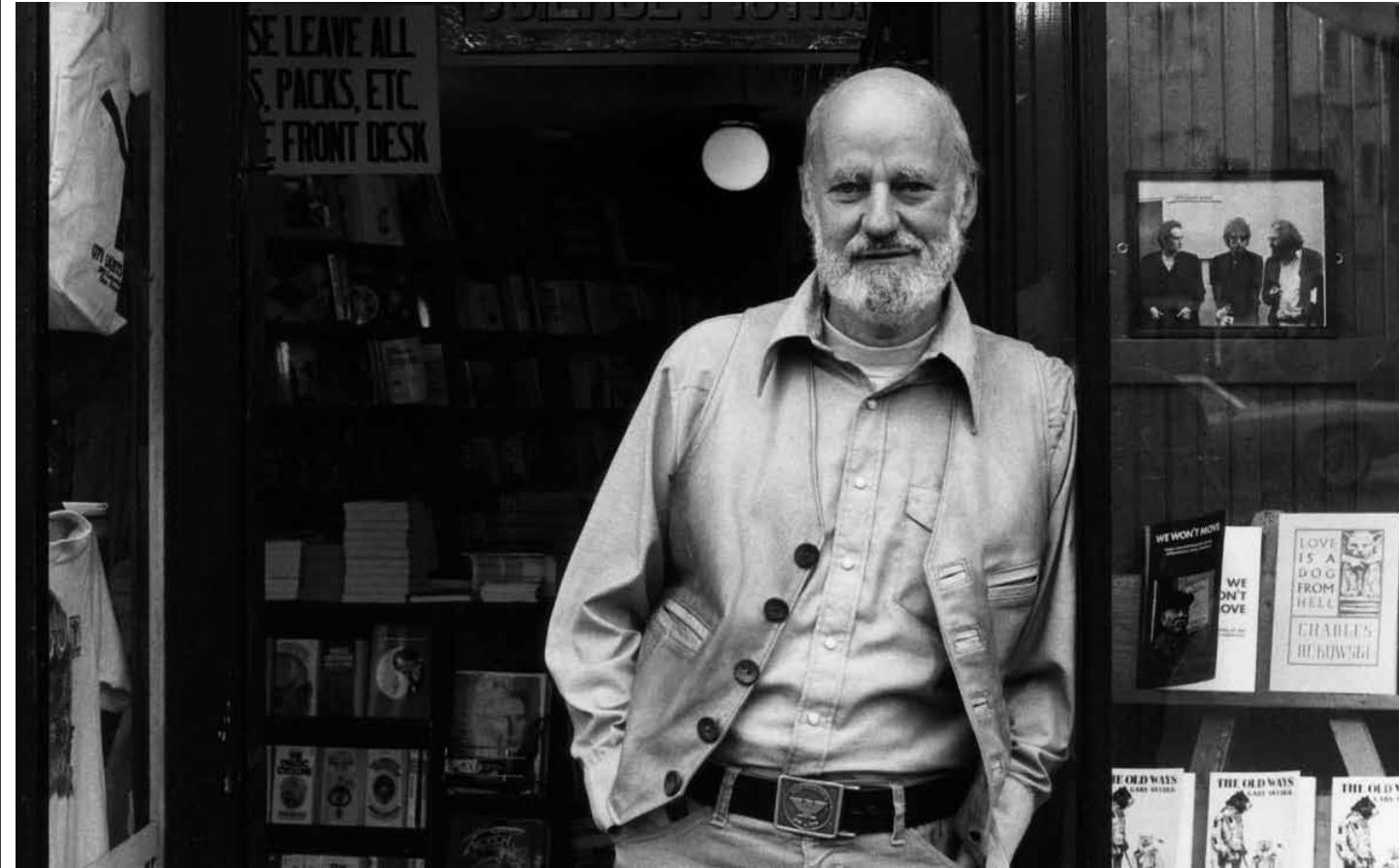
PRESENTACIÓN

El mundo literario se ha quedado huérfano con la partida del escritor Lawrence Ferlinghetti y, sin embargo, el suceso ha sido la ocasión para el reconocimiento y la memoria, el recuerdo de los que lo querían bien. Desde estas páginas de *La Hora* nos unimos a la consternación, pero con actitud celebrativa, la voluntad alegre por el legado de sus publicaciones. Es desde esa tónica que debemos leer el texto de Mario Roberto Morales, "En el jardín de Naropa", un contenido en el que se recoge no solo el gozo de la experiencia universitaria en los Estados Unidos, el encuentro con escritores centroamericanos y la posibilidad de la madurez del carácter en virtud de la distancia geográfica y el afianzamiento de la crítica, sino la suerte de coincidir con los protagonistas de la Beat Generation, Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti.

Sobre ello, Mario Roberto dice lo siguiente:

"Esa mañana le había hecho algunas fotografías a Allen Ginsberg y a Lawrence Ferlinghetti, que conservo y que me gustan. Hay una en la que Ferlinghetti está desabrochándose la camisa, en un gesto típico de Clark Kent, para descubrir debajo una camiseta con el rostro de Jack Kerouac, el mentor de los Beats, su sumo sacerdote, pintado en colores de alucinación".

Con el artículo de Morales, le invitamos a leer las contribuciones de Nicté Serra y Juan Fernando Girón Solares. Al finalizar el mes de febrero, le deseamos muchas y buenas lecturas que favorezcan su formación y configuración de su paladar estético. Que la exposición a la propuesta variada redunde en la apertura necesaria para aproximarnos a la utopía de "la veritas", ese espacio privilegiado de encuentro y crecimiento. Hasta la próxima.



EN EL JARDIN DE NAROPA

MARIO ROBERTO MORALES

Miembro de número de la Academia Guatemalteca de la Lengua,
correspondiente de la Real Academia Española

A LAWRENCE FERLINGHETTI

Los años noventa me encontraron en Costa Rica terminando de escribir un libro que me salvó de sucumbir en la desesperación que me causaba observar el derrumbe rápido y estrepitoso del mundo socialista y, luego, la derrota de los sandinistas.

El libro se llama *La ideología y la lírica de la lucha armada*. Lo escribí en el cantón de San Pedro de lo largo del segundo semestre de 1989, y lo leí de un tirón los primeros días de 1990. La autocensura de izquierda que tenía interiorizada en el consciente y en el inconsciente hacían que me resistiera a admitir que el proyecto socialista había llegado a su fin y que era necesario plantear salidas diferentes para la sobrevivencia de un proyecto político que reivindicara la posibilidad del bienestar de las mayorías. Esta era la utopía que la Nueva Derecha declaraba anulada, mientras la izquierda tradicional seguía aferrándose al pasado: un pasado que tenía sólo seis meses de edad, pero esos meses eran iguales a seis lustros. La gente de izquierda envejeció en seis meses: habían

sido jóvenes revolucionarios hasta junio de 1989, y ya eran ancianos reaccionarios en enero de 1990. Escribir ese libro me salvó de la insania en el segundo semestre del 89, y el primer ejercicio de salud mental e ideológica que realicé inmediatamente fue una serie de dos artículos que publiqué en el *Semanario Universidad*, de Costa Rica, definiendo lo que era la Nueva Derecha y tratando de definir lo que podía ser una Nueva Izquierda. Allí empezó realmente mi compromiso con la crítica de la izquierda, aunque mi autocensura (entronizada en el centro de mis emociones) no me dejaba soltar todavía un falso sentido de lealtad hacia la izquierda tradicional, esa que –por diferencias internas– me había reprimido, encarcelado y torturado en Nicaragua, con la complicidad de algunos sandinistas del Ministerio del Interior y la burocracia estatal. Me acuerdo de que, en 1991, en Managua, le dije a César Montes lo que pensaba: que era inútil seguir creyendo en una revolución en Centroamérica o en cualquier otra parte del mundo.

Y nos despedimos.

Y así, con ese acto, concluyeron para mí 25 años de militancia en la izquierda, durante los cuales jamás fui miembro de la URNG, porque a ella mis compañeros y yo nos opusimos desde que nació en 1982, debido a que había surgido como una instancia

excluyente de otros grupos revolucionarios y, por ello, antiunitaria. En esas circunstancias, una mañana a mediados de 1990, en las oficinas del Consejo Superior Universitario Centroamericano –CSUCA–, Carmen Naranjo, entonces directora de la Editorial Universitaria Centroamericana –EDUCA–, que funcionaba en el mismo local, me habló sobre que nuestro amigo, el editor Joe Richie, nos invitaba a un grupo de escritores centroamericanos a participar en talleres literarios en el *Naropa Institute* de Boulder, Colorado, una institución de orientación budista, meditativa y contemplativa, que nos pagaría los gastos a cambio de charlas y entrevistas con sus estudiantes de escritura creativa. Recuerdo a Carmen en el vuelo hacia Estados Unidos, contándome que les tenía terror a los aviones, y la llegada a Denver y a Boulder una tarde de verano espléndida en la que Joe Richie y Eliot Greenspan nos recibieron con la mala noticia de que se acababan de marchar de Boulder Gary Snyder y William Burroughs, pero que allí estaban Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti, por aquello de que quisiéramos conversar con la Beat Generation. Mi primera actividad fue un recital de prosa y poesía junto a Carmen Naranjo y Gioconda Belli. Como el público era medio hippie, medio esotérico, medio New Age, me puse

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

una de esas camisas llamadas "típicas" que venden en los mercados de Guatemala y que tenía unas flores bordadas en el pecho, y con ese disfraz pude no desentonar con la imagen estereotipada del poeta centroamericano que sin querer instauró Ernesto Cardenal en Estados Unidos. El recital fue un éxito.

Leímos algo de nuestra obra en inglés, y la recepción de lo que leímos fue entusiasta, yo diría que en exceso. Pero a lo que yo iba, porque así me lo había pedido Joe Richie, era a ofrecer una charla sobre literatura y cultura de la lucha armada, y eso lo hice una mañana hermosa bajo una enorme tienda en los campos del *Naropa Institute*, con un público numeroso entre cuyos miembros recuerdo a Margaret Randall, Anne Waldman y Allen Ginsberg. Y los recuerdo porque su presencia me preocupaba, creía que podrían hacerme preguntas que no iba a poder contestar por mi autocensura, y así fue: me hicieron las temidas preguntas. Sólo que, para mi fortuna, sí pude contestarlas. Realmente fue Allen Ginsberg, con sus interrogaciones sobre la censura de la izquierda a sus intelectuales en todo el mundo, quien logró desatar en mí ese nudo de autocensura y falsa lealtad que me mantenía en silencio, ocultando todo lo anómalo de la izquierda guatemalteca y, claro, mi tortura psicológica en Nicaragua.

Cuando le estaba contestando a Allen caí en la cuenta de que estaba hablando de mí como militante de izquierda y que lo estaba haciendo no desde la retórica de lo que se debe decir y lo que se debe callar, sino desde lo que yo pensaba y sentía verdaderamente. Esta era una experiencia nueva, y creo que lo empecé a hacer porque pensé que en Estados Unidos no podían hacerme nada por decir lo que opinaba sobre eso, y porque me sentí en confianza entre las poetas nicaragüenses, es decir, entre Gioconda, Daisy, Vidaluz, Claribel y también Ileana Rodríguez.

Sin embargo, después de mi charla de casi tres horas en aquella enorme tienda en descampado del *Naropa Institute*, Gioconda me dijo que había sido cínico, que había hablado de la militancia sin solemnidad, y lo admití y me alegré inmensamente de eso en mis adentros porque por fin empezaba a aflorar en mí un pensamiento y una palabra sin autocensura, totalmente sincera y no apegada a la línea de una izquierda censora que oculta sus errores y sus despropósitos. Esto tenía sus antecedentes en el libro que había terminado sobre la lucha armada, pero ahora brotaba libre y espontáneo, mío, como una bandada de pájaros en el jardín de Naropa. El 19 de julio, reunidos en una habitación, celebramos con tristeza lo que hubiera sido el undécimo aniversario de la revolución sandinista, y allí estuvieron todas las poetas que mencioné, y Eliot Greenspan y yo tocamos guitarra y cantamos, él algunas piezas de *country* y *folk music*, y yo las de ley en aquel momento: las de los Mejía Godoy. Allí estaba también una cantante extraordinaria, miembro de un grupo llamado *The Mother Folkers* (*the best pronounced name in showbusiness*), cuyo nombre se me escapa ahora imperdonablemente.

Esa mañana le había hecho algunas fotografías a Allen Ginsberg y a Lawrence Ferlinghetti, que conservo y que me gustan. Hay una en la que Ferlinghetti está desabrochándose la camisa, en un gesto típico de Clark Kent, para descubrir debajo una camiseta con el rostro de Jack Kerouac, el mentor de los *Beats*, su sumo sacerdote, pintado en colores de alucinación. Luego recuerdo muchas entrevistas con talentosos estudiantes de escritura creativa, y largas conversaciones con escritores gringos y latinoamericanos con los que convivíamos en unos bungalows cerca del *Naropa Institute*. También un paseo en automóvil por las Montañas Rocosas y la vista de Denver y Boulder allá abajo en la planicie lejana. A mí me tocó compartir el apartamento con el puertorriqueño Víctor Hernández-Cruz, quien escribe en *spanglish*, y a quien fui a escuchar en un recital junto a Anne Waldman, durante el cual a Allen Ginsberg le dio por rascarse los pies furiosamente. Un día Joe Richie me pidió que sostuviera el micrófono de un equipo de filmación que iba a irrumpir en uno de los talleres de Ginsberg, y abrimos la puerta. Allen nos miró asustado, pero nos dejó entrar con la cámara, el micrófono y otras cosas a recorrer el aula, y me acuerdo muy bien que el poeta de *Howl!* tenía en la mano una traducción al inglés de *Altazor*, de Vicente Huidobro.

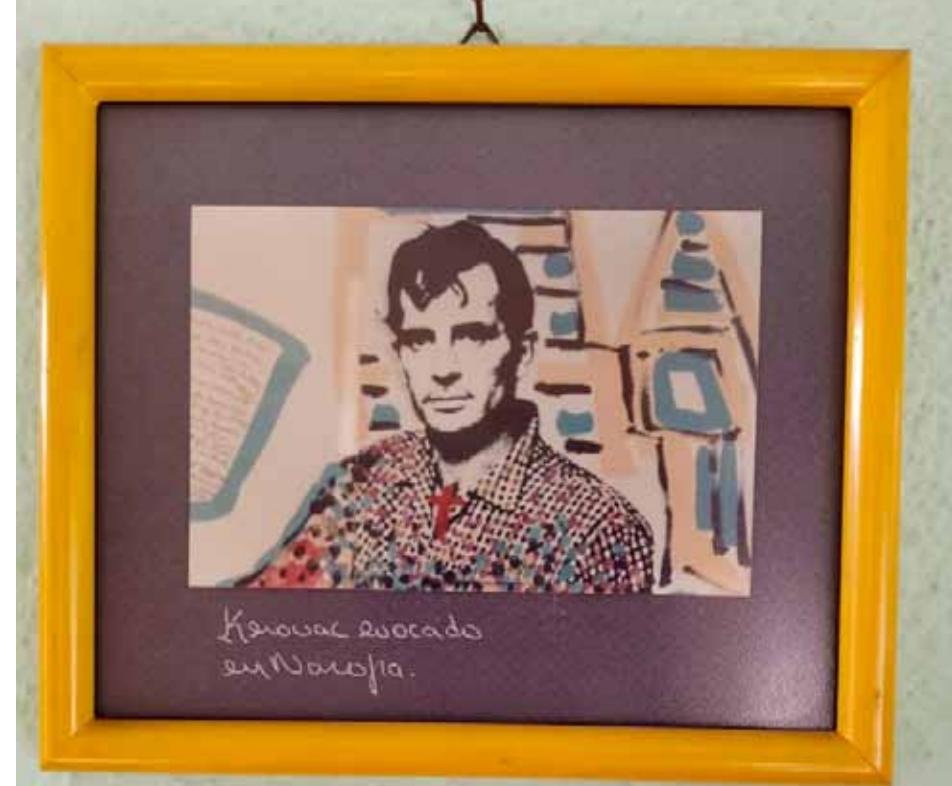
Mi estancia de dos semanas en el *Naropa Institute* fue para mí el inicio de un proceso difícil de despedida de mi autocensura de izquierda, gracias a las insistentes y punzantes preguntas que me hiciera, entre otros, Allen Ginsberg aquella mañana soleada bajo la cubierta enorme de la tienda blanca en descampado. Margaret Randall me hizo una foto muy buena pero que no acaba de gustarme, y tuvo la gentileza de enviármela a Costa Rica, gesto que valoro y no olvido. En Boulder experimenté la necesidad que tenía de referirme a mí mismo como un militante de izquierda guatemalteco, crítico de la URNG, pero orgulloso de mi pasado político, y la necesidad de no concebirme como un ser ilegítimo por haber participado en una gesta que se perdió y que por eso debe seguir aparentando ser misterioso y hacer como que sabe quién sabe cuántas cosas indecibles, y andar por ahí nostálgico e ideológicamente envejecido, añorando los "buenos tiempos" de la guerra fría.

En Boulder, en la luz cálida de la tienda desplegada en el jardín de Naropa, entendí eso: que yo debía hablar de mí con orgullo por lo que había hecho, que es lo mismo que hicieron muchos guatemaltecos que deberían de salir a luz pública enorgulleciéndose de sí mismos. Si los veteranos gringos de la guerra de Vietnam, que fue una guerra perdida para ellos, se juntan a celebrar, ¿por qué no lo van a hacer los veteranos de la revolución guatemalteca, que también fue una guerra perdida? Hablé mucho esa mañana, me desahogué. Agnes Bushell, quien acaba de publicar una novela sobre el homosexualismo entre los militares guatemaltecos, me hizo varias fotografías con mi cámara. Una de ellas es la que aparece en la contraportada de la

edición de 1993 de *Los demonios salvajes*. Ahí estoy, hablando, cayendo en la cuenta de que tenía derecho a decir quién era y a denunciar a mis torturadores (aunque eso lo logré hacer plenamente hasta 1995, tal la fuerza de la autocensura), y a no callar más para encubrir a unos cuantos irresponsables, y también a decir que la crítica de la izquierda era algo que todos le debíamos a la posteridad, y era la condición sin la cual la izquierda misma no podría renovarse. Estos dorados tiempos, en que la dirigencia revolucionaria rubrica con una traición su deslucida trayectoria política, me dan la razón.

Y sólo la peor de las izquierdas, es decir, la izquierda a destiempo o izquierda cobarde, es la que protesta. Esta izquierda está integrada por quienes hasta en los años noventa, cuando todo estaba perdido, se convierten en adalides públicos de la nostalgia

revolucionaria, y son los que, cuando el deber pudo requerir de su valentía, se escondieron en los aleros de sus empleos, hogares y becas o falsos exilios, y callaron. La historia no los absolverá. Después de Boulder todavía me quedé un año más en Costa Rica. En 1992 volví a Guatemala para constatar con sorpresa que los miedos de entonces eran los calenturientos y trasnochados radicaloides de ahora. Muy pronto volví a sentir aquel cosquillear de Rocinante del que hablaba el Che, y seguí caminando hacia adelante, al margen de la inercia izquierdosa de mis amigos, examigos y enemigos. Quiero volver a Boulder un día de estos, y recordar allí aquella mañana soleada en que comencé a no mentirme a mí mismo, en medio del jardín de Naropa y gracias a Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti y el "poeterio" nicaragüense.



CUENTO

CAMINO VIEJO

NICTÉ SERRA

Escritora

Sobre la tabla reposan tres bombas aún vestidas de tuza. Algunos les llaman tamal blanco, el primer nombre que conocimos fue tamal de viaje. Las rebano en discos. Las combino con una salsa de vino y tres quesos, también con loroco. Una capa de tamal, otra de salsa, encima loroco, una más de tamal. Sobre la última, queso rallado y nuez moscada. Su consistencia y sabor autóctono son perfectos para el gratinado. Una celebración de nuestra condición mestiza. Pero antes de cubrirlas de Viejo Continente, muerdo una rebanada.

Aún está tibia. Como beso, su sabor me enciende. Cierro los ojos y resbaló por un tobogán de recuerdos.

Los caminos eran de terracería, donde hoy hay colonias había monte. Naranjales y huisquiales que parecían iglús, parcelitas de milpa, por supuesto, tareas de leña apiladas en las veredas. Así era el Mixco rural de mi infancia, nuestro hogar. Un lugar en el que, para atizar el fuego de nuestro miedo, todos los días se hablaba de La Llorona. Anda por ahí, decía la Nana Juana. Se le ahogó el hijo. Para los locales, La Llorona era tan mizqueña como los chicharrones y el chocolate que mi abuela guardaba en una bombonera sobre la cumbre más alta de su trinchante. Táctica desesperada para que los nietos no nos hiciéramos con él antes de que llegara al fogón.

En aquel sitio color girasol, el tiempo parecía enredarse. La basura era recogida en carretas tiradas por mulas, la leche, recién ordeñada, llegaba en botellitas de vidrio. Más de una vez encontramos piedras de obsidiana. Habían sido desenterradas por lluvias recias. Se supone que eran cuchillos de antepasados, herramientas mayas. También asomaron un par de pequeños ídolos de barro que mi papá colocó junto a sus vasijas precolombinas, regalos que el pasado brindaba con manos de tierra eterna.

El lenguaje era otro, no utilizábamos la palabra ancestros. Mixco guardaba un pasado subterráneo que entrelazaba sus dedos con aquel presente de los años



70, tan siglo XX. De la tierra surgían cuchillos anteriores a las carabelas, de la misma tierra se alimentaba la milpa de los guardianes. Porque era de los guardianes de las granjas que habitábamos, de Félix el tío de Juana, o de Manuel, su padre. Aquel maíz nutrido por la historia de la tierra se transformaba en comida para todos.

Ver a las mujeres con canastos enormes sobre la cabeza era un espectáculo. Descalzas, se contoneaban cuello abajo con particular cadencia, como bailarinas. Su botín humeante permanecía intacto, paralelo con el cielo. Los perrajes que abrigaban muñecos de tortillas dentro de los canastos eran una explosión de color. Eran vida y fuego.

A veces las íbamos a traer. Y eso era grandioso. Juana, con mi hermana cargada en un brazo y con el otro tomándome de la mano, nos llevaba a su casa a traer las tortillas. Bajábamos un camino de tierra, cruzábamos otro hacia la derecha, subíamos una lomita salpicada de margaritas silvestres y entrábamos.

De los lugares hermosos, jamás se olvidan las primeras visitas. Era un terrenito dibujado por alambre espigado y troncos. Había dos

habitaciones separadas, una frente a otra, construidas con adobe. Las unía un techo de lámina. Al fondo, dos pinos. En ese lugar de cuento, siendo un par de chiquititas, conocimos el comal, imponente, mágico, en el centro de todo. María, madre de Juana, con su falda inmensa y una trenza gruesa cruzando su espalda, torteaba como si tocara pandereta. El sonido era una fascinación. Con pericia convertía pelotitas de masa en tortillas. Perfectas, aromáticas, exquisitas.

María saca una del comal. Coloca en su corazón unos granitos de sal. La enrolla como si fuera barquillo. Con el encanto de su sonrisa desdentada me la entrega. Cuidado, nena, está caliente.

Y la muerdo. Tampoco se olvida la primera tortilla al pie del comal.

La cocina era también dormitorio, al fondo había un catre con poncho. Contra la pared reposaban varias tareas de leña, sobre ellas, un cuadro de Jesús crucificado. En el piso de tierra pululaban gallinas y gallinitas, un gallo y algunos pollitos. Pocos paseos eran tan esperados como la recogida de las tortillas.

De la milpa de Manuel al molino al comal o a la olla, pronto aprendimos que las tortillas eran

apenas el principio. Aquel maíz se transformaba en los chuchitos de las posadas, en los tamalitos de elote que comíamos bañados en crema y azúcar, en los tamales de la Navidad. El atol que traíamos del vecino San Lucas también nacía en una parcela de milpa.

Desde el principio del principio, somos un pueblo de maíz. Siempre lo seremos.

No sé qué fue de Juana y su familia. Su recuerdo vive en las tortillas, también en la leyenda de La Llorona. Su recuerdo habita nuestra historia primera.

Donde quedaba aquella casita con olor a leña ahora hay un condominio. El camino viejo quedó bajo asfalto. En la esquina hay un semáforo y enfrente un centrito comercial. El otrora ritmo apacible se llenó de carros y bulla.

Nuestra vida en Mixco fue interrumpida de forma violenta por la muerte. Terminó demasiado pronto. Sin embargo, mi familia paterna aún vive ahí. En una nueva dimensión, urbana, propia del siglo XXI. Visitarlos es volver a las entrañas mismas de nuestro origen.

El horno obra maravillas con la fusión. El tamal de viaje es majestad, la salsa, súbdita, le rinde pleitesía.

POESÍA

PABLO ANTONIO CUADRA

Pablo Antonio Cuadra (Managua, 1912 - 2002) Poeta vanguardista nicaragüense, sus poemarios se rebelan

contra la influencia de Rubén Darío, acude al lenguaje coloquial, directa y sincera, sin la retórica modernista. Entre sus poemarios mencionamos

Cantos de Cifar (1971), *El jaguar y la luna* (1959), *La tierra prometida* (1952), *Canto temporal* (1943) y *Poemas nicaragüenses* (1934).

La noche es una mujer desconocida

Preguntó la muchacha al forastero:
- ¿Por qué no pasas? En mi hogar
esta encendido el fuego.

Contestó el peregrino: -Soy poeta,
sólo deseo conocer la noche.

Ella, entonces echó cenizas sobre el fuego
Y aproximó en la sombra su voz al forastero:
- ¡Tócame! -dijo-. ¡Conocerás la noche!

Albarda

Soy mi memoria.
Piel errante,
subsistiendo entre mi último balido
Y mi eterna obligación de partir.
Yo
Dona Albara
Mariposa inválida de mi forma
sobreviviendo al sueño y al tropel.

Toro en mi torso
-con mis cuernos en vacío
como una antigua furia que se cubre de olvido.

Novillo en mi piel
-deseo límítrofe en mis cascos perdidos
como un antiguo cansando que no llega al recuerdo.

Buey en mi cuero
-testículos arrancados a la sucesión
conjugando solteramente mi amor con la carreta
como una vieja madera conyugal quemada por el
viento.

Doña Albara

Vaca en mi soledad y piel
-con mis fervientes ubres excluidas de la sed
con el candor de mis pupilas hundidas bajo los ríos
con mi antigua maternidad creciendo bajo los
árboles.

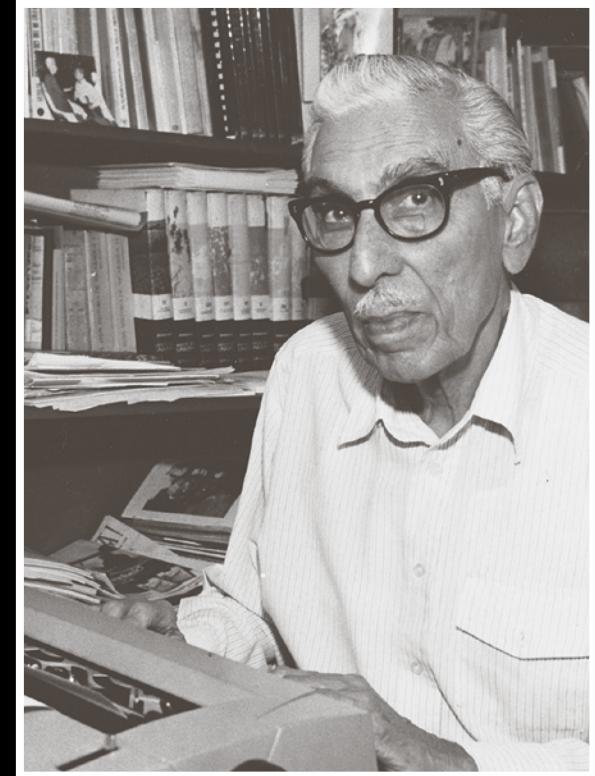
Yo
con mi linaje
con mi bandera de muertos
repitiendo el deseo de horizonte
caminando
eternamente sonando el tambor de mi piel
como la luna.
Caminando sobre la llanura estúpida y fangosa
caminando
sobre la abierta senda pisoteada
caminando
bajo la lluvia torrencial y lacrimosa
caminando
bajo la garúa susurrante
caminando
bajo el sol insolente y fogonero
caminando
entre la música metal de los lecheros
caminando
tras de la tarde herida bajo el ala
caminando
tras de la noche
caminando
tras de la muerte,
de nuevo caminando...

Invención de la sirena

Una mujer en aguas dulces.
Una estrella mojada en el límite del mar.
Dejar que la sonrisa se desnude
de su traje de lágrimas.
Una mujer en el centro
de todas las navegaciones
y lo vientos. El oleaje
su poema
-versos de espuma- y alguna gaviota gira
arriba
coronándola
y alguna mariposa
que parpadea
un revuelo de sorprendidos amarillos.

No conocí el aviso clásico:
'Huye de las playas de Circe'.
Nuestros antepasados
no concibieron la sirena:
ni Chalchiuhlticue de la falda de agua
la celeste diosa de los ríos
ni Huixtocihuatl, la diosa azul
de las aguas saladas del mar
dejaron oír al hombre sus cantos.

Nuestro antepasados
no escucharon la voz de las aguas
en el vientre de la mujer.
Pero yo inventé un reino sumergido
cuya música esculpía en agua
el silencio del pez, líquido beso,
y el embeleso de su voz, líquido canto.

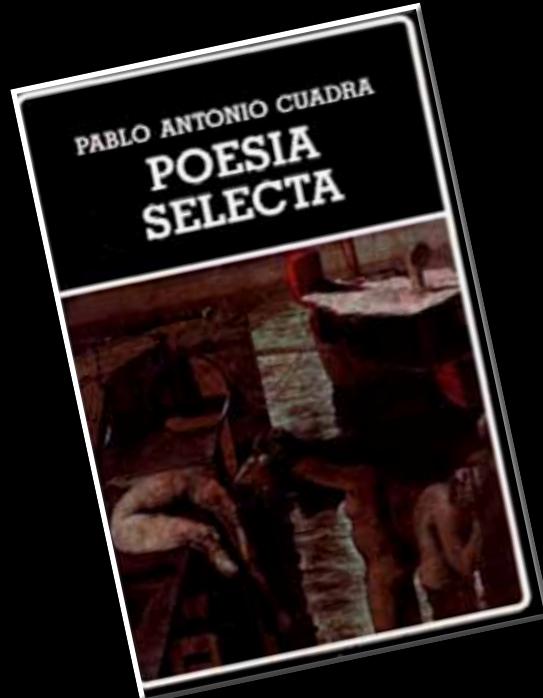


En el dulce mar de Nicaragua
antes de que arribaran a vela las fábulas antiguas
yo inventé la sirena.

Patria de tercera

Viajando en tercera he visto
un rostro.
No todos los hombres de mi pueblo
óvidos, claudican.
He visto un rostro.
Ni todos doblan su papel en barquichuelos
para charco. Viajando he visto
el rostro de un huertero.
Ni todos ofrecen su faz al látigo del «no»
ni piden.
La dignidad he visto.
Porque no sólo fabricamos huérfanos,
o bien, inadvertidos,
criamos cuervos.
He visto un rostro austero. Seriedad
o sol sobre su frente
como un título (ardiente y singular).
Nosotros ¡ah! rebeldes
al hormiguero
si algún día damos
la cara al mundo:
con los rasgos usuales de la Patria
¡un rostro enseñaremos!

Selección de textos por
Gustavo Sánchez Zepeda.



HACIA LA SEMANA SANTA

DILEMA DE DEVOCIÓN

SEGUNDA PARTE

JUAN FERNANDO GIRÓN SOLARES

Eran las cuatro en punto de la tarde, de aquel sábado 3 de abril de 1971 cuando en frente al atrio de la Iglesia del Señor San José, acudieron a la cita Héctor Hugo y Mauricio. Luego del saludo correspondiente, el primero le indicó al segundo – *Vení, vamos a buscar a don Miguel Angel a la Sacristía* – Y efectivamente, los turnos para la procesión del día siguiente se estaban repartiendo. Los dos muchachos saludaron al afanado señor Sosa Ponce, quien encabezaba el grupo de colaboradores en aquella delicada misión. – *Miren patojos, a las seis en punto cerramos, vengan a esa hora y sin duda quedará algún turno sin recoger* –. Mauricio pudo contemplar por primera vez, cómo entre los asistentes a ese lugar, llegaban devotos adultos de la mano de niños penitentes debidamente revestidos ya con túnica de color morado. A su pregunta, se le indicó que venían de la Procesión Infantil de la

Merced. La Iglesia no obstante estaba cerrada. A la hora anteriormente indicada de conclusión de la entrega de cartulinas, efectivamente quedaron varios “turnos” sin recoger, por lo cual buscando el alto de Mauricio, y luego de cancelada la ofrenda respectiva, el Presidente de la Asociación Josefina le hizo entrega por primera vez en su vida de un Turno, con su nombre escrito en el Reverso. El mismo correspondía al número CUARENTA Y CINCO, de la 9^a a la 8^a calle sobre la sexta avenida de la zona 1. Al regresar a casa de Héctor Hugo, esa noche de sábado anterior a Ramos, se le proveyó efectivamente su Uniforme procesional que estrenaría al día siguiente, y que gentilmente la mamá de su amigo arregló en cuanto a costuras, ajustes y medidas, con el cuidado y cariño que el caso amerita.

El reloj despertador se activó a las seis en punto de la mañana, de aquella luminosa mañana del Domingo de Ramos 4 de abril. Luego del desayuno

con sus abuelos, de la despedida y bendición de estos con una sensación de satisfacción y orgullo, nuestro personaje se revistió con su túnica y capirote de color morado, paletina y cinturón negro y guantes blancos, y zapatos debidamente limpios y lustrados, y caminó para estar justo a tiempo a las siete en punto de la mañana en la casa de Rafa, donde éste junto con sus padres, y sus compañeros Héctor Hugo y Alex, todos debidamente vestidos ya lo esperaban en la puerta, para subir al Jeep Land Rover propiedad de la familia propietaria de casa. El vehículo arrancó y se enfiló por el Boulevard de la Asunción hasta el Centro Histórico, a donde llegaron a la Santa Misa y Bendición de los Ramos en la Iglesia de El Carmen de la décima calle, media hora después. Concluida la Eucaristía, el padre de Rafa como buen cucuricho, dejó a los cuatro muchachos lo más cerca que pudo del templo de San José.

Minutos antes de las nueve de la mañana, la sorpresa de Mauricio fue mayúscula al contemplar que no eran cientos sino miles, los devotos penitentes que como ellos debidamente ataviados, acompañarían el paso de la Procesión de Jesús de San José, no siendo para nada desapercibido el considerable número de mujeres que harían lo propio con la hermosa imagen de la Dolorosa. Se colocaron ordenadamente en la Avenida del mismo nombre frente a la Abarrotería – LA TERCENA- cuando para nueva sorpresa de Mauricio, un grupo de músicos, vestidos a la usanza de los tiempos de Cristo como soldados romanos, interpretó una especie de música imperial que solamente había escuchado en la proyección de las películas de cine de este género en su natal Jalapa. A nuestro protagonista, aquella música le pareció muy solemne y especial. Terminada la interpretación, se empezaron a escuchar las notas musicales ejecutadas indudablemente por una numerosa banda en el interior de la Iglesia, -*como las que acompañan a los desfiles militares pensó para sus adentros*- solamente que la melodía era completamente distinta en cuanto a sus compases. Héctor Hugo le comentó en voz baja, - *Es una marcha fúnebre, la marcha oficial de esta procesión, su título es MATER DOLOROSA* -. El joven inexperto en estos temas, pudo comprobar con mucha satisfacción, algo que en el semblante de su amigo Héctor Hugo, así como el de muchos cucuruchos jóvenes, viejos y niños, fácilmente se dibujaba: la emoción de ser partícipe de este momento. En el instante preciso en que de aquel pequeño Templo, salió una monumental andaría procesional, elegantemente barnizada con águilas doradas en sus esquinas, todos los presentes se pusieron de rodillas para implorar la bendición de Dios; así también el novato penitente hizo lo mismo que sus tres amigos, y finalmente pudo contemplar la majestuosidad de aquel religioso espectáculo, la belleza de la imagen de Cristo con la cruz a cuestas y entendió por fin, a qué se referían los amigos cuando hablaban de adornos



y de marchas. – *Todos los años se cambia el adorno y muchas veces la túnica que luce Jesús – le explicó Alex. – Mirá, en este año va luciendo una túnica de color rojo y el significado es la Pasión del Señor. Los adornos sirven para que la gente entienda y conozca más la palabra de Dios o un mensaje que nos acerque a él –*

El cortejo viró hacia el norte para enfilarse por la Avenida de San José, y nuestros cuatro amigos, incluyendo al novato cucuricho, empezaron a caminar lentamente para acompañar el paso de Jesús de San José. Así pudo contemplar con sus propios ojos, cómo se organiza un turno, qué marcha fúnebre se interpreta, como se desplaza una procesión, cuál es el recorrido, etcétera. El calor propicio del verano guatemalteco se hizo presente aproximadamente a las diez de la mañana, cuando el sagrado desfile pasó en la primera calle de la zona uno frente a la Panadería donde su abuela se detenía para comprar el pan que llevaba a su mesa, “LA ESPIGA DE ORO”. A pesar de no tener costumbre en caminar bajo el sol, y con el uniforme procesional, curiosamente Mauricio no fue afectado por el rigor del astro rey, pues comprendió que aquello era parte de una penitencia que todo devoto realiza en esas fechas. Además, llevar una túnica y paletina no se comparaba en nada, con el intenso calor que sin duda recibían los devotos debidamente ataviados de ROMANO con un casco y corazas de pura hojalata. Por eso, la admiración por este grupo en particular dentro del cortejo procesional, empezó a robarse la atención y el asombro de Mauricio, con sus escudos, lanzas y pendones, como también lo fue indudablemente, contemplar una hermosísima alfombra de aserrín de colores, que los propietarios de la mencionada panadería elaboraron frente al establecimiento, complementada con frondosos panes, y la presencia de quienes la habían elaborado, de rodillas al paso de Jesús con lágrimas en sus ojos, pidiendo por una necesidad o por agradecimiento.

Llegada la procesión a la altura del Parque Infantil Colón, los cuatro amigos salieron a refrescarse a la Dulcería San Carlos en la 9^a calle y 11 avenida, con disfrutando de un vaso de horchata bien fría, eso sí “a la ley de Cristo” para luego retornar al cortejo, que pasó al lado del Mercado Central y del Colegio de Infantes, y luego subir la 10^a calle de la zona 1. Conforme había sido acordado con la familia de Rafa, al llegar a la 5^a avenida frente al Liceo Francés, estaban los papás de este último, y para una agradable sorpresa de Mauricio, se hacían acompañar de sus hijas mujeres, entre ellas Brenda, quien cautivó con su sonrisa la mirada de Mauricio, para almorcizar todos juntos en el CAFÉ DE PARÍS, lugar famoso por la venta de sándwiches, hamburguesas y hotdogs. Sudorosos, los jóvenes cucuruchos se despojaron por unos minutos de sus túnicas, y las doblaron cuidadosamente, mientras bebían una refrescante gaseosa “Naranjita” y comían un reparador almuerzo.

Reincorporados los penitentes a su recorrido, la Procesión llegó al crucero de la 10^a calle y 1^a avenida de la zona 1. Otro hecho notable llamó poderosamente la atención de Mauricio, esta vez médicos, enfermeras y sobre todo pacientes de dicho Centro Asistencial, cantaban al paso de la procesión, un canto de “Perdón”, indudablemente



los últimos pidiendo con mucha devoción por su salud. Nuestro personaje nunca olvidó este detalle.

Y aunque en un principio, el considerable peso de las “andas josefinas” hizo que Mauricio se doblara, al escuchar los redoblantes y la marcha que interpretaba en el turno número CUARENTA Y CINCO la banda de música, y de reojo ver la atención y especial devoción de los asistentes al cortejo, el momento le hizo experimentar un sentimiento tan especial que difícilmente se puede describir en palabras: una mezcla de alegría, sano orgullo, emoción, pero sin duda alguna, ahora entendía por qué llevando sobre sus hombros las andas, se puede estar más cerca de Dios. Concluyó el turno y la Procesión llegó al Parque Central, cerca de las cinco y media de la tarde. Ya cansados y con pies adoloridos luego de fatigosa jornada, pasaron frente al Portal del Comercio, la Catedral, El Palacio Nacional y el Parque Centenario, cayó la noche y nuestro grupo de cuatro valientes jóvenes cucuruchos, apreció el inicio de la iluminación artificial del mueble; a la distancia continuaba la procesión de la Virgen de Dolores, notablemente acompañada por un grupo numeroso de damas. El cortejo empezó su descenso por la 5^a calle en busca de su templo, y alrededor de las ocho de la noche, al pasar a un costado del templo de la Merced, lugar previamente acordado con el papá de Rafa, este les hizo la clásica señal para que se quedasen en dicha esquina, donde tenía estacionado su vehículo que los trasladaría de regreso a casa.

Se santiguaron al paso de Jesús de los Milagros, y de la Santísima Virgen, cuyas imágenes estaban a pocas cuadras de retornar a su templo, y así se despidieron de ellas con la satisfacción del deber cumplido, Héctor Hugo, Rafa y Alex por un año más. Mauricio por primera vez. Con el

frío de la noche y la severidad del cansancio y el dolor muscular, dentro del Land Rover, la pregunta fue unánime para Mauricio por parte de sus tres amigos, - *BUENO Y QUÉ TE PARECIÓ ?* – Mauricio simplemente mostró una amplia sonrisa.

El vehículo con sus tripulantes arrancó por la doce avenida y séptima calle, para virar y tomar rumbo a Jardines de la Asunción, bajo el cielo estrellado y la tranquilidad de la noche. Había concluido el Domingo de Ramos...



FILOSOFÍA

XAVIER ZUBIRI

LA EXPERIENCIA HISTÓRICA DE DIOS

Según Xavier Zubiri, el problema de la religión o, más radicalmente, el problema de la religación del hombre a la realidad no ha de plantearse en el ámbito fenomenológico de las vivencias de conciencia, sino en un análisis de la acción humana. Una acción que no es nunca meramente individual, sino también social e histórica. Lo cual significa que la experiencia religiosa y su verdad remiten necesariamente a la sociedad y a la historia humana. Y esto, no para explicar la religión como un mero fenómeno social, sino, por el contrario, para mostrar toda su riqueza y profundidad... ()*

* González Antonio. *Introducción a la práctica de la filosofía. Texto de iniciación.* UCA Editores. San Salvador, 2005.

Como acabamos de ver, cada hombre es persona codeterminada frente a todo lo demás, además frente a todos los demás, individual, social e históricamente: ejecuta sus acciones siempre según estas tres dimensiones interpersonales, es decir, las acciones humanas siempre están configuradas según esta triple dimensión. (...).

En cada acción que el hombre ejecuta se configura una forma de la realidad. Realizarse es adoptar una figura de realidad. Y el hombre se realiza viviendo con las cosas, con los demás hombres y consigo mismo. En toda acción el hombre está, pues, “con” todo aquello con que vive. Pero aquello “en” que está es la realidad. Por tanto, las cosas, además de sus propiedades reales tienen para el hombre lo que he solido llamar *el poder de lo real* en cuanto tal. Sólo en él y por él es como el hombre puede realizarse como persona. La forzosidad con que el poder de lo real me domina y mueve inexorablemente a realizarme como persona es lo que llamo apoderamiento. El hombre sólo puede realizarse apoderado por el poder de lo real. Y este apoderamiento es a lo que he llamado religación. El hombre se realiza como persona gracias a su religación al poder de lo real. La religación es una dimensión constitutiva de la persona humana. (...).

En las tres dimensiones del hombre, la individual, la social y la histórica, tiene el hombre una experiencia de Dios. (...) En primer lugar, el hombre tiene una experiencia social de Dios (...). Esta experiencia de Dios no es el resultado de una especie de silogismo: Dios está presente en el hombre y el hombre experiencia a Dios como absoluto en todo; es así que vive en una sociedad, luego experiencia a Dios en sociedad. No se trata de eso; se trata de ver en qué consiste la dimensión social de la experiencia de Dios. La experiencia social de Dios, precisamente porque es social, es multiforme y varía,



como son diversas las maneras de vivir lo absoluto en la libertad de cada cual. Cada cual hace a su manera la experiencia de lo absoluto. Pero además el hombre tiene de Dios una experiencia social tan multiforme como puede ser la experiencia individual de Dios, una experiencia social con todas las concreciones, vicisitudes y límites de las sociedades a las que los hombres pueden pertenecer. Realmente, la experiencia no es atributo de *el hombre*, sino de los hombres en su concreción. (...).

Pero, además, hay una experiencia histórica de Dios que no es idéntica a la experiencia social. (...). Se está habituado a considerar la historia como una especie de museo cronológico de formas humanas y sociales. (...). Esto me parece a mí radicalmente insuficiente. La historia, (...) es propia y rigurosamente una experiencia. Y como experiencia es probación física de realidad. El hombre, no solamente ha ido

sucediéndose en formas distintas, sino que realmente ha ido experimentando. Nuestra época, por ejemplo, va haciendo probación física de muchas cosas que para Aristóteles eran un catálogo de formas vacías y que para nosotros son experiencias. La historia es constitutivamente experiencia. (...). Contra lo que decían Kant y Hegel, la historia no es el despliegue de una razón, sino que es realmente el despliegue de una experiencia de Dios. (...).

Como plasmación de la religación que es, la religión tiene siempre una visión concreta de Dios, del hombre y del mundo. Y por ser experiencial, esta visión tiene forzosamente formas múltiples: es la historia de las religiones (...). Por tanto, pienso que la historia de las religiones es la experiencia teologal de la humanidad tanto individual como social e histórica, acerca de la verdad última del poder de lo real, de Dios.

(Tomado de *El hombre y Dios*, 1984.)